

ADAM BLADE

# Busca Fieras®



¡CROMOS  
COLECCIONABLES  
DE REGALO!

 DESTINO

  
EL GUERRERO DEL ÁRTICO

KOLDO,  
EL GUERRERO DEL ÁRTICO



ADAM BLADE

 DESTINO

*Un agradecimiento especial a Michael Ford.*

*Para Charlie Heaphy.*



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© de la traducción: Macarena Salas, 2014

Título original: *Koldo The Artic Warrior*  
© del texto: Working Partners Limited 2009  
© de la ilustración de cubierta e ilustraciones interiores:  
Steve Sims - Orchard Books 2009  
© Editorial Planeta, S. A., 2014  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: julio de 2014  
ISBN: 978-84-08-12841-0  
Depósito legal: B. 12.843-2014  
Impreso por Liberdúplex, S. L.  
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# CAPÍTULO UNO

## EL PRIMER RETO



Tom apenas podía sujetarse en la montura mientras *Tormenta* subía por el camino de la montaña. Las Búsquedas de Gwildor eran las más difíciles hasta ahora, y la última batalla que había lidiado con la Fiera *Rok* lo había dejado sin fuerzas.

Sentía un dolor muy intenso en la mano. *Krab* lo había herido con su pinza gigante, y el veneno se había extendido por todo el brazo. Ahora sujetaba las riendas con la mano izquierda y

apoyaba la derecha en un costado. Se dio la vuelta para mirar a Elena, esperando que no se hubiera dado cuenta.

«No quiero que se preocupe», pensó Tom. De momento sólo habían conseguido completar la mitad de su misión en Gwildor y todavía les faltaba liberar a tres Fieras del maleficio de Velmal.

De pronto, a *Plata* le cayó una lluvia de piedras en los pies y aulló. Elena dio un grito y se bajó de la montura de un salto. Su mascota se lamía la pata y Tom vio rastros de sangre en el camino.

—¿Está bien? —preguntó.

Elena rodeó el pescuezo del lobo con los brazos.

—Creo que sí —dijo. Levantó la pata del lobo con cuidado y la inspeccionó—. Sólo parece un arañazo.

Cuando Elena volvió a montarse en el caballo, *Plata* ya se había puesto de pie y se mostraba ansioso por seguir. Elena

miró hacia el camino rocoso que tenían delante.

—¿No deberíamos consultar el mapa del amuleto? —preguntó.

Tom cogió el amuleto de *Plata* que llevaba colgado al cuello y lo sujetó por delante. Un trozo de esmalte azul brillaba en el centro. El amuleto estaba compuesto de los seis trozos que él había recuperado durante sus Búsquedas en la Tierra Prohibida. En la parte de atrás del amuleto había un mapa que les mostraba el camino que debían seguir en Gwildor.

Tom dio la vuelta al amuleto y vio dos caminos que atravesaban el norte de Gwildor, donde la tierra estaba cubierta de nieve y lagos helados. Uno de los caminos llevaba a la imagen de un hombre. Tom lo observó atentamente y vio que sus brazos y piernas no eran de carne, sino de hielo. Debajo de la figura había una palabra escrita: *Koldo*.

El otro camino daba a un lugar cercano donde aparecía la imagen pequeña de una báscula. Ahí era adonde debían dirigirse primero. En todas sus Búsquedas en Gwildor, el amuleto lo había llevado hasta un objeto mágico que debía encontrar para poder completar su misión.

—¿Para qué servirá esa báscula? —preguntó Elena mirando por encima de su hombro.

—¿Quién sabe? —contestó Tom—. Pero debemos confiar en el amuleto.

Siguieron cabalgando por el camino. Como todo en Gwildor, los colores eran tan brillantes que parecían casi irreales: la hierba era más verde y frondosa que en Avantia y había plantas de todos los colores del arcoíris. Era difícil creer que Gwildor estaba sometido a los maleficios diabólicos de Velmal.

Llegaron al borde de un bosque. Tom

apenas veía nada más allá de la primera línea de árboles. Los troncos y las enredaderas eran muy densos. Una neblina rodeaba las copas de los árboles. Del bosque no salía ni un solo ruido. No había pájaros cantando ni monos aullando. Ni siquiera se oía el crujir de las hojas. El aire parecía inmóvil y muerto.

—A lo mejor deberíamos rodear el bosque —dijo Elena.

Tom miró el mapa y movió la cabeza.

—El bosque es demasiado grande —dijo—. No tenemos tiempo.

Había otra razón por la que Tom quería adentrarse en el bosque: quería practicar con su espada. La mano derecha le dolía demasiado y tenía que probar a sujetar su arma con la mano izquierda para pelear.

Se abrió paso entre las enredaderas y las ramas que bloqueaban el camino, practicando distintos golpes de espada



que no le habría costado ningún trabajo realizar con la mano derecha. Sin embargo, al usar la mano izquierda, se sentía muy torpe, y en poco tiempo, el esfuerzo hizo que le doliera el hombro. Empezó a respirar con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó Elena.

Tom cortó un helecho y se encogió de hombros. Un poco más adelante veía la luz del día.

—Ya casi hemos llegado.

Elena le puso una mano en el brazo.

—Tom —dijo—, no tienes que pretender que todo está bien. Sé que te duele mucho. ¿Por qué no me dejas ir en cabeza durante un rato?

Tom bajó la cabeza y notó el rubor en sus mejillas.

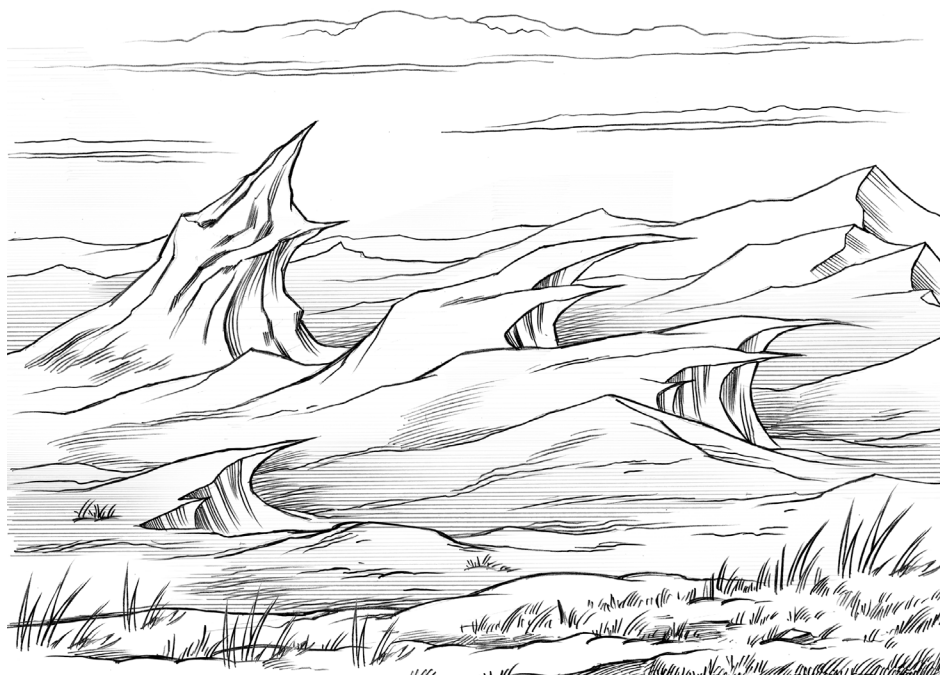
—No puedo abandonar —dijo—. Si no soy capaz de cortar unas cuantas enredaderas, ¿cómo voy a enfrentarme a *Koldo*?



—Como quieras, pero si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy —dijo Elena.

Tom le dio las gracias a su amiga y decidió cambiar la espada de mano. Agarró la empuñadura con la mano derecha. Tenía los músculos en tensión.

Cuando llegaron al otro lado del bosque, estaba empapado de sudor. La brisa helada lo dejó sin aliento. Delante de ellos se extendían las Llanuras de Hielo, con su brillo azul y blanco, hasta donde se perdía la vista. Había pequeñas zonas de hierba como islas en la nieve y montañas de hielo que se alzaban como to-



res por encima de las llanuras, con sus formas escarpadas por los vientos gélidos. No se veía el horizonte. La tierra parecía fundirse con el cielo.

—¡Es precioso! —exclamó Elena.

«Precioso —pensó Tom— y también mortal.»

